

levantando los ojos arriba, dijo: el que habia sido muerto, atá- Padre, te doy gracias porque dos los pies y las manos con me has oído: yo sabia que siem- fajas, y cubierto el rostro con pre me oyes; pero lo he dicho un sudario. Dijoles Jesus: Des- por causa del pueblo que me atadie, y dejadle que se vaya. rodea, para que crean que tú Muchos, pues, de los judíos que me has enviado. Habiendo di- habian venido con María y Mar- cho estas cosas, gritó con una ta, y habian visto lo que hizo gran voz: Lázaro, sal afuera. Jesus, creyeron en él. E inmediatamente salió afuera

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera los grandes motivos que tenemos para poner en Jesucristo toda nuestra confianza; es nuestro Dios, nuestro redentor, nuestro padre. Como nuestro Dios es omnipotente, nada le es difícil. Su providencia divina, infinitamente sabia, de todo cuida, todo lo gobierna, todo lo ordena á nuestra salvacion; no hay acontecimiento, no hay accidente que no haya previsto desde la eternidad, y que no lo permita como un medio para la salvacion, si se quiere hacer un buen uso de él. Como Jesucristo no desea tanto ninguna cosa como nuestra salvacion, su sabiduría infinita regla y ordena todas las cosas á la utilidad y salvacion de los que le sirven; prosperidad, desgracias, riquezas, pobreza, honras, desprecios, salud, enfermedad, todo puede servir, todo contribuye para que los que aman á Dios obren su salvacion. Lázaro era amigo de Jesucristo; ¿qué tenia que temer? Su enfermedad bien puede ser mortal, todo el arte de los médicos, todos los remedios pueden serle inútiles, Jesucristo le ama; esto basta, no importa que muera, el Señor sabrá resucitarle, si quiere que sobreviva. Así las hermanas de Lázaro no le envían otro recado que este: Señor, el que amas está enfermo. ¡Oh, si nosotros amáramos verdaderamente á Jesucristo, qué poco cuidado se nos daria, qué poco tendríamos que temer de todos los accidentes de la vida! Pero Jesucristo no solamente es nuestro Dios; es tambien nuestro maestro. Se hizo hombre por nuestro amor; y nuestra redencion es la mayor obra que ha salido de sus manos. ¿Qué derecho no nos da á su bondad, á su misericordia, á sus liberalidades la cualidad de redentor y de salvador? ¿son menester otros motivos para inspirarnos una entera confianza en él? Parece que Jesucristo no nos pide

sino esta confianza para oír nuestras súplicas, y para otorgarnos cuanto le pidamos: *Credite quia accipietis*; tened una entera confianza en mí, y seréis oídos. Pedid en mi nombre, y todo lo alcanzareis de mi Padre. ¿No te he dicho que si crees, decia el Salvador á Marta, verás á Dios glorificado? Y á vista de esto, ¿estamos faltos de confianza?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que Jesucristo no es solamente nuestro Dios, nuestro redentor, nuestro salvador; sino que es tambien nuestro buen pastor, nuestro tierno y amado padre. Repasa en tu imaginacion todos los nombres que toma, todas las comparaciones de que se sirve, sus parábolas, sus milagros; y en toda su vida mortal no hallarás cosa que no sea una prueba sensible del amor que nos tiene, y de la escésiva ternura con que nos mira. Yo soy el pastor bueno, dice; si alguna de mis ovejas se estravia, es tanto el gozo y la alegría que siento cuando la encuentro, que me tengo por bien indemnizado, por muy bien pagado de la pena que tuve al buscarla. Si S. Pedro teme anegarse, al darle Jesucristo la mano no le echa en cara sino su poca confianza. ¡Qué bondad, qué caridad, qué atención á las necesidades de los que le siguen! *Misereor super turbas*: me compadezco de estas gentes porque hace tres dias que no me dejan, y no tienen que comer, y no quiero despedirlas sin que primero hayan comido. ¿Pero qué milagros no hace para remediar sus necesidades? ¿qué significa la buena acogida, el gozo, el banquete del padre del hijo pródigo? ¿haciendo Jesucristo el retrato de este buen padre, no quiso hacer el suyo propio? En fin, su vida pobre, sus tormentos, su muerte de cruz, la institucion de los sacramentos, y sobre todo, el gran milagro, el milagro insigne de su amor, la adorable Eucaristía, todo nos escita á que confiemos en este buen Padre: todo grita contra nuestra desconfianza y nuestro poco amor para con un padre tan amable; que no cesa de escitar nuestra confianza por sus beneficios. ¿Y es posible, que despues de unas pruebas tan visibles de su omnipotencia, de su zelo ardiente por nuestra salvacion, del esceso de su amor, estemos todavia faltos de confianza?

No, amable Salvador mio, no me faltará esta virtud en toda mi vida; me corro de haber tenido tan poca confianza hasta aqui; y mi dolor va á hacer que de hoy en adelante sea mas viva mi confianza.

JACULATORIAS. — El Señor cuida de mí, jamás me faltará nada. (*Psalm. 22.*)

Aunque el Señor me hiciere morir, no dejaré de esperar en él. (*Job 13.*)

PROPOSITOS.

1. De dónde nace que tengamos tan poca confianza en Dios, siendo esta confianza el origen de la mas dulce tranquilidad, de los mas insignes beneficios, y teniendo tan poderosos motivos para poner en el Señor toda nuestra confianza? Esto nace de que somos poco liberales para con él. No le damos sino con dolor, á medias y tarde lo que nos pide, siempre le negamos algo, y nuestra conciencia, que no sabe adularnos, nos echa en cara esta ruindad, y con esta justa reprehension debilita en cierto modo nuestra confianza, y hace que no pidamos ni esperemos sino como temblando. No niegues á Jesucristo nada de cuanto te pida, y desde luego tendrás mucha confianza en él.

2. Dile muchas veces con la Iglesia: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.* En vos, Señor, pongo toda mi confianza, no sea jamás confundido. Recurre con ternura á este divino Salvador en todos los accidentes de la vida. Siempre que veas á tu crucifijo, renueva tu confianza; siempre que comparezcas ante el santísimo Sacramento, especialmente cuando comulgas, derrama afectuosamente tu corazón delante de este divino Salvador; nada le agrada mas; nada hace mas nuestro su corazón que nuestra confianza. Haz á menudo esta deprecacion: *Credo, Domine; sed credam firmius. Spero, Domine; sed sperem securius. Amo, Domine; sed amem ardentius. Doleo, Domine; sed doleam vehementius.* Creo, Señor; pero haced que mi fe sea cada dia mayor. Espero en vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea cada dia mas firme. Yo os amo, Señor; haced que mi amor sea cada dia mas ardiente. Me pesa, Señor, de haberos ofendido; haced, Señor, que mi contricion sea cada dia mas perfecta.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES RUFO Y ZOSIMO, en Filipos en Macedonia, que fueron del número de los discipulos que fundaron la primitiva iglesia en la Judea y en la Grecia: de su dichoso martirio trata S. Policarpo en la carta á los Filipenses. (Dice S. Policarpo de ellos: «No han corrido estos en vano, sino en fe y en rectitud; y ya